

(Publicado en «Rassegna Comunista», los días 30 de septiembre y 31 de octubre de 1922. La parte final no pudo aparecer debido a los acontecimientos políticos).

Cuando uno se pregunta si el Estado italiano actual es un Estado típicamente burgués, o por el contrario es un Estado atrasado respecto a los Estados capitalistas modernos, se ve obligado a buscar la respuesta haciendo un estudio acerca del juego de las fuerzas sociales, de los partidos y de las formas constitucionales, y a seguir estos factores en su desarrollo histórico.

Antes de intentar reunir los elementos de una respuesta, debemos dilucidar una cuestión de método que nos parece la condición prejudicial de tal búsqueda. En efecto, si buscamos en el mundo un modelo de Estado liberal, constataremos rápidamente que algunos caracteres que nos llevaban a considerar a algunos Estados como típicamente modernos han evolucionado en el curso de los acontecimientos recientes, de manera que dan a estos Estados una fisonomía que se podría juzgar superficialmente como pre-burguesa. Sobre todo, cuando se considera la política interior, el grado de libertad concedido a la población o a algunos de sus estratos, pero también la política militar y las relaciones con el exterior, en general, y con las colonias en particular. Nuestra conclusión es que para definir el Estado burgués moderno, es necesario ante todo establecer cuáles son los caracteres que nuestra doctrina marxista atribuye a esta forma histórica de Estado.

La interpretación marxista es fundamentalmente inconciliable con la teoría ortodoxa del Estado, y lo que demostrará la justeza de nuestro sistema crítico será precisamente su capacidad de explicar en conjunto el desarrollo histórico, cuestión ésta sobre la cual es impotente por su parte esa teoría ortodoxa del Estado.

Esta consideración elemental nos lleva a hacer esta distinción, más útil para la preparación del bagaje de nociones y argumentos que nos es necesario para llevar a cabo nuestra acción política cotidiana. La crítica teórica es un trabajo, por así decirlo, interior, que guía nuestro Partido; es esta crítica teórica la que nos permite juzgar exactamente nuestras fuerzas y las del adversario, de igual forma que las posibles evoluciones de la situación. Sin ella, sería imposible tomar la menor decisión táctica y práctica. En este terreno de la crítica teórica, debemos consagrarnos a un estudio objetivo y científico de los diferentes factores, estudio que haremos según los criterios que nos suministra nuestro método marxista. Pero establecer las verdades que nos guiarán es otra cosa distinta a elaborar los argumentos que sirven a todo el Partido para atraer a su causa a los elementos que son ajenos a él, y que no son capaces aún de emplear el método crítico propio del Partido. De tal manera, estas dos cosas van íntimamente unidas, y se puede establecer que los argumentos de propaganda exterior tienen una influencia incluso sobre los adherentes al partido, a los cuales evidentemente no se les puede pedir examen sobre ciencia marxista. Se podría incluso buscar la forma de establecer en algunas capas del partido, qué órganos interiores y también en qué ocasiones conviene llevar a cabo una labor crítica más que una labor de proselitismo e inversamente, pero no creemos conveniente abrir aquí esta digestión.

En nuestros «**lemas de propaganda**», y en el arsenal de argumentos que empleamos para conquistar a los adversarios o a los indiferentes, no aplicamos de forma

inmediata, directa, escolástica, las tesis establecidas por nuestra crítica, por más que estemos convencidos de su exactitud. Por el contrario, aplicamos un procedimiento dialéctico que debe conducir progresivamente y de la manera más útil posible a las grandes masas, a una conciencia acorde a la orientación marxista, esforzándonos en utilizar su acción en un sentido útil a la revolución. Si se quisiese obtener este resultado independientemente de las directivas fundamentales que nos suministra la crítica teórica, o si en el curso de la acción se perdiese de vista la originalidad de ésta, se provocaría, como en el ya frecuente caso de los partidos proletarios, una degeneración no solamente de la propaganda, sino de la misma acción. Sin renunciar nunca a establecer claramente nuestros principios críticos, debemos elegir con la perspicacia obligada, los argumentos que, en un primer momento, han tomado de las masas. Esto es precisamente lo que nos lleva a tomar como punto de partida de nuestra polémica no *nuestra* doctrina, sino la del adversario, incitando a las masas a exigir de él la realización de sus promesas, y que explique las ventajas que, según él, resultarían de la aplicación de su programa político y social. Es evidente, en efecto, que es la contradicción existente entre su doctrina y su práctica, entre sus promesas y sus actos, lo que provocará la derrota de nuestro adversario, porque esta contradicción desligará de él a todos aquellos que habían creído sus declaraciones y que, merced a nuestra propaganda, podrán adherirse al comunismo.

Tenemos ejemplos cotidianos de este método, y los ejemplos de su degeneración son por desgracia muy frecuentes. Entre otros casos hallamos el que, bajo el pretexto de que sería absurdo llevar a cabo una campaña filosófica contra las doctrinas religiosas y chocar de frente contra el fanatismo de los creyentes, se limita a una crítica anti-clerical vulgar mostrando que los mismos curas traicionan su fe continuamente. Lo mismo podría decirse de una campaña sobre cualquier guerra, cuando todo se centra en refutar la tesis según la cual esta guerra presentaría ventajas para la nación, en lugar de criticar el concepto de nación desde el punto de vista proletario, cuestión ésta última evidentemente más difícil. Por lo tanto, si olvidamos que debemos defender nuestras posiciones comunistas en su integridad al querer que las masas influenciadas por nuestras consignas se orienten realmente hacia el comunismo, acabaremos por renunciar a ellas e incluso a negarlas. Es por eso que en lugar de llevar a cabo una acción y una propaganda marxistas, combatiendo todas las concepciones burguesas, religiosas, nacionalistas y democráticas, 9 de cada 10 militantes socialistas se transformarán en un coro de plañideras lamentándose acerca de las contradicciones de los curas, de los gobernantes y de los demagogos que no cumplen sus promesas. Es por esto que el movimiento socialista tradicional ha acabado por intentar salvar de la bancarrota a las ideologías burguesas, en lugar de precipitarlas para avanzar victoriosamente.

Si queremos resolver la cuestión que hemos planteado al principio, no debemos buscar si el Estado italiano realiza prácticamente los postulados de la doctrina liberal, pues ésta es una cuestión puramente polémica destinada a sustraer a su influencia a aquellos que la crean aún y a la cual no se puede evidentemente responder más que con la negativa. Para

recobrar nuestra distinción, deberemos por el contrario, comparar las características del Estado italiano con las que nuestra doctrina marxista reconoce al Estado burgués en general. Esto nos conducirá a constatar que la actitud del Estado italiano está en contradicción con las tareas que el liberalismo burgués asigna al Estado, encuadrando por tanto este resultado en nuestra crítica marxista de conjunto, la cual demuestra precisamente que el método liberal no hace más que disimular la verdadera naturaleza del Estado burgués. La génesis histórica del Estado italiano parece presentarnos todas las características que acompañan el nacimiento del régimen democrático moderno. Por lo general, hasta que este no apareció, marcando la victoria de la burguesía industrial y comerciante y las clases sociales que la apoyan contra el poder de la aristocracia feudal, clerical y absolutista, no existían todavía nada más que gérmenes del capitalismo en la economía. En Italia, durante el Risorgimiento, es decir durante los años que van de 1821 a 1870, en los que tuvieron lugar una serie de tentativas, fructuosas o no, encaminadas a sustituir por el Estado unitario y liberal a los antiguos regímenes, ya fuese mediante la guerra civil, la expansión territorial, la economía moderna estaba ciertamente menos desarrollada que en otros países; pero no debemos olvidar que Italia marchaba con retraso respecto a Inglaterra, América y Francia en lo concerniente a la introducción de la democracia política. La importación mecánica de repúblicas a la francesa en 1799, no tuvo más que una importancia limitada. La verdadera primera revolución burguesa italiana no tuvo lugar más que en un estado ulterior que coincidía con una afirmación del régimen burgués que, en una gran parte de Europa, revistió aspectos revolucionarios en 1830 y 1848. Por otra parte, si por una serie de razones, acerca de las cuales no vamos a detenernos aquí, el capitalismo no se ha desarrollado tan rápido en Italia como en otras partes durante el siglo XIX, esto no debe hacernos olvidar el hecho de que el capitalismo manufacturero tenía una extensión notable.

En Italia, la revolución liberal estuvo apoyada por algunas familias aristocráticas, pero esto no constituye una excepción ya que se produjo también en otras revoluciones burguesas. La lucha contra el feudalismo jugó en todas partes un papel esencial, incluso si no tuvo caracteres tan evidentes como en los países donde existía un Estado nacional que hacía más claros los términos del problema; por el contrario, Italia ha conocido una campaña que se caracterizó contra los privilegios económicos y, en particular, territoriales del clero.

En Italia, al igual que en otras partes, es el naciente proletariado quien ha suministrado sus tropas a la revolución burguesa sin tener esa fisonomía propia que ha presentado en otros países, ya que ha comenzado a perfilarse nada más que en un estadio más avanzado de la lucha, cuando se proponía la destrucción de la resistencia de los antiguos regímenes y para establecer definitivamente la democracia. El programa político e ideológico del Risorgimiento italiano coincide perfectamente con el contenido de la revolución liberal–democrática, la cual ha encontrado, por así decirlo, una mejor expresión doctrinal en Italia que en otros sitios. A este programa corresponden el movimiento de independencia nacional, la típica lucha contra el clero, contra las doctrinas religiosas y contra los privilegios y los hábitos de la nobleza. Aquí se dan cita todas las reivindicaciones de conjunto del liberalismo: constituciones parlamentarias, libertad de culto, de prensa, de asociación, etc... A partir de 1859, los gobiernos que están a la cabeza del Estado italiano y que emigran de Turín a Florencia y a Roma, están en manos de

partidos que se sitúan sobre el terreno de la doctrina liberal: una derecha y una izquierda parlamentarias se forman, pero los problemas que los enfrentan no son de una importancia fundamental, y la ortodoxia liberal es aún mayor en la derecha. Los partidos del antiguo régimen –partidos absolutistas, clericales, que reivindicaban el poder temporal de la Iglesia, partidarios de los Borbones, de los Austria y reaccionarios en general– desaparecieron sin reconciliarse con las nuevas instituciones, y la burguesía instauró una verdadera dictadura revolucionaria, la cual corresponde perfectamente a su diferenciación social imperfecta y constituye una necesidad que resulta de ella.

Sería absolutamente erróneo trazar el siguiente esquema: El estado unitario italiano se apoya sobre dos fuerzas sociales claramente diferenciadas, incluso en su política gubernamental, pero siempre aliadas: la burguesía del Norte y la clase feudal y terrateniente del Sur; las relaciones creadas entre el Norte y el Sur en el aparato gubernamental en Italia deben ser juzgadas menos superficialmente. Empecemos por observar que una gran parte de la derecha clásica provenía de la burguesía industrial y comerciante del Piamonte y de la Lombardía, y que una gran parte de la izquierda provenía de los distritos parlamentarios del Sur.

En realidad, en el Sur de Italia, el feudalismo no era lo suficientemente fuerte como para oponer gran resistencia a la revolución burguesa. Formada sobre todo por propietarios medios, la clase dirigente meridional se adaptó fácilmente al régimen parlamentario y no tuvo inconveniente en integrarse en él con una actividad social y política aún embrionaria y reducida a luchas de partidos puramente locales. Si el Sur no conoce hoy una lucha abierta entre burguesía y proletariado, es debido a que con anterioridad no ha conocido tampoco una lucha abierta entre feudalismo y burguesía. Esto no ha impuesto al nuevo Estado unos caracteres reaccionarios: solamente ha aportado al aparato parlamentario de gobierno una materia social maleable, muy fácil de utilizar y de influenciar mediante la práctica a gran escala del favoritismo administrativo.

Entre los intereses económicos del Sur agrario y del Norte industrial, existe una antítesis evidente que se refleja en la política aduanera, pero esto no basta para conducir a un neto dualismo en el seno de la clase que ha gobernado tradicionalmente Italia. Es preciso, en efecto, darse cuenta del hecho de que algunas medidas de protección aduanera favorecen también a los cultivadores (azúcares–alcoholes), de que en realidad, la mayor parte de la producción agrícola proviene del Norte y no del Sur, y de que en la cuestión del proteccionismo está ante todo la oposición de intereses entre la masa de consumidores proletarios y semiproletarios por una parte, y por otra, algunas categorías de obreros industriales, todo esto hace que la relación existente entre unos y otros varía mucho del Norte al Sur. Si las actividades políticas de los partidos constitucionales varían también geográficamente se debe a esta situación, y corresponden mucho más a las preocupaciones de la demagogia electoral que a un real choque de intereses en el seno de la clase dominante.

Por otra parte, el libre–cambio (que en Italia ha sido defendido por la derecha liberal, incluso cuando representaba a la clase dirigente del Norte, como hoy) no es precisamente una tesis pre–capitalista, aunque corresponda a un estadio de desarrollo económico que los países más avanzados han superado en el transcurso de los últimos decenios. Pero no se puede demostrar en ningún caso que no hayan sido las clases

burguesas las que han constituido el Estado italiano. Concluyendo, podemos decir que la relación de fuerzas económicas, sociales y políticas que existía en la época de la formación del Estado actual, autoriza para definir a este último como un régimen plenamente burgués, liberal y democrático.

Por su estructura, es decir, por su teoría y su derecho constitucionales, el Estado italiano responde a la naturaleza histórica del Estado liberal. Si en lugar de considerar las relaciones reales en el seno del aparato del Estado, se cometía el error de partir de esquemas constitucionales de un liberalismo que se esfuerza por sobrevivir a su bancarrota histórica, o si se compara la constitución italiana a la de otros países, se podría hacer al respecto algunas críticas. Desde el punto de vista democrático, las constituciones americana, francesa y suiza, por ejemplo, son más audaces; pero ¿quién puede pretender que el Estado inglés merezca menos que el Estado italiano el nombre de Estado burgués moderno, bajo el pretexto de que conserva un ceremonial aristocrático, arcaico e incluso medieval en algunos casos?

En la constitución tradicional del Estado italiano se encuentra todo lo que permite reconocer un mecanismo liberal; en la segunda mitad del pasado siglo, se adaptó perfectamente a la práctica de los gobiernos parlamentarios, marchando durante los primeros años de este siglo en un sentido puramente democrático y practicando una política de izquierda decidida, de cara al creciente movimiento obrero, hasta la víspera de la primera guerra mundial.

Si consideramos la política interior (o mejor dicho, la policía interna) del Estado italiano, encontramos en ella episodios de reacciones y de represiones brutales contra los movimientos populares y subversivos, lo cual sucede precisamente en todos los Estados burgueses contemporáneos. El verdadero error sería el de considerar la adopción de medidas policiales brutales como una política de «**derecha**» en el sentido burgués del término, pues esto sería adoptar, sin darse cuenta de ello, la teoría opuesta que pretende que el régimen democrático defiende realmente los derechos y las libertades de todos los ciudadanos.

Reconociendo el carácter democrático consumado de las instituciones y de las bases sociales del Estado italiano, nosotros reconocemos por el contrario que él no es otra cosa que un perfecto instrumento de clase que permite a la patronal defender sus intereses por todos los medios, y no nos sorprende cada vez que dirige sus armas contra la población proletaria y semi-proletaria cuando ésta da señales de descontento.

A finales del último siglo, Italia ha conocido una oleada de movimientos populares que se extendieron por toda la península y que culminaron en los sucesos de 1898 [En 1898 tuvieron lugar violentos movimientos proletarios provocados por una grave crisis económica, en particular en Milán, donde el gobernador militar Bara-Beccaris proclamó la ley marcial. El general Pelloux fue llamado al gobierno (es a esta dictadura militar a la que el texto hace alusión más adelante) y permaneció en él hasta 1900. Bajo su gobierno, los socialistas practicaron el abstencionismo al Parlamento y reivindicaron el uso de la violencia en la calle para defender las libertades violadas y protestar contra el arresto de militantes de la extrema izquierda. El mismo Turati sufrió una larga pena de cárcel. Numerosos socialistas y anarquistas se refugiaron en el extranjero. Este período terminó con el asesinato del rey Umberto I a manos del anarquista Bresci en 1900. Fue bajo el mandato del nuevo rey Víctor Manuel III cuando Giolitti fue llamado al poder y se

inauguró la famosa edad de oro del liberalismo y del reformismo]. Estos movimientos no constituyeron una verdadera acción de clase, pero fueron una etapa importante en la formación del movimiento revolucionario del proletariado italiano. La burguesía se dividió acerca de la actitud que tomar, y fue la derecha quién la tomó. Un gobierno presidido por un general, ejerció poderes excepcionales y declaró una feroz reacción policial y judicial. Pero más que del predominio de una fracción de la clase dominante sobre otra, se trataba de un choque de métodos, de una experimentación de los sistemas de defensa del régimen. No fueron los representantes tradicionales del liberalismo italiano clásico los que realizaron dicha experiencia dentro del más puro estilo borbónico o austriaco. El gobierno responsable de esta reacción cayó en las siguientes elecciones a consecuencia de los votos de la izquierda burguesa, y el período de los gobiernos democráticos de izquierda comenzó. El nuevo método está representado por un hombre: Giolitti; pero el antiguo método había estado representado por un hombre de su misma banda, es decir, de la izquierda burguesa: Crispi. Los dos representaban la misma política exterior, la de la Triple Alianza. No estamos en presencia de un dualismo social del Estado italiano, sino de una búsqueda de los mejores medios de defensa empleados por la burguesía de cara al nacimiento del movimiento proletario sindical y socialista, que echaba abajo los criterios del liberalismo clásico.

Estado de la clase burguesa, el régimen italiano aparece históricamente como defensor de los intereses burgueses. En otros países estos intereses están mejor definidos, y sobre todo son más potentes; pero las condiciones especiales de Italia tienen, a nuestro entender, una experiencia más completa de las funciones de clase del Estado de la burguesía, hasta los últimos sucesos de la posguerra que, a nuestro modesto entender, y como vamos a ver ahora, no son una vuelta al pasado, sino un ejemplo anticipado de las formas que tomará la lucha política en las fases más avanzadas de la evolución del mundo capitalista.

No se puede, por lo tanto, pretender seriamente que las fuerzas no democráticas, tales como el trono, la nobleza, los oficiales de alta graduación, los altos magistrados y la alta burocracia, en general hayan ejercido una influencia decisiva sobre el mecanismo del Estado italiano. Es evidente que estos medios encierran elementos de peso para la defensa del régimen burgués, pero su función histórica no fue en nada diferente de la de todas las demás instituciones. En la época del paso al método democrático de izquierda, en el cual el anticlericalismo fue uno de los síntomas, la franc-masonería adquirió una influencia decisiva en estos medios.

Las fuerzas católicas, o bien no han ejercido ninguna influencia sobre el Estado burgués, sobre el hecho de su actitud de enemigos irreconciliables a su parecer (el cual por contraste daba un tinte jacobino a todos los funcionarios del Estado, comenzando por el monarca), o bien, en la medida en que entraban en el movimiento social y Político, han sido tanto a la izquierda como a la derecha los partidos tradicionales, por lo que ha podido parecer que se trataba de la época en la que el anticlericalismo alcanzaba su paroxismo.

Hemos señalado anteriormente la época del gobierno ultra-democrático. En esta época, la burguesía italiana se plantea el problema de la táctica de clase que adoptar de cara al movimiento obrero. Se encuentra, en efecto, en condiciones delicadas, pues es verdad que la industria no está muy desarrollada, existe en el valle del Po un movimiento muy

importante de asalariados agrícolas de tendencias socialistas; pero existe también en Italia un grupo de hombres de Estado burgueses libres, de los prejuicios tradicionales y prestos a plantearse el problema con todo el cinismo posible.

A la teoría liberal le repugna admitir la organización sindical, porque en economía es hostil a todo monopolio susceptible de limitar el juego de la concurrencia. Pero en el curso de su evolución, el capitalismo se convierte en sindical y monopolista, y ve en el monopolio y en el imperialismo la salida que le permite retrasar la lucha de principio contra el movimiento obrero, que él mismo suscita irresistiblemente desarrollando y concentrando sus empresas. Reducir a los ciudadanos del Estado a no ser más que unidades económicas, aparece desde entonces como una empresa utópica. El poder burgués debe, por tanto, resignarse en reconocer a los intereses análogos el derecho de asociarse, si no quiere favorecer el desencadenamiento inmediato de la lucha revolucionaria. Reconociendo el derecho de asociación, el Estado burgués liberal hace una contorsión a su doctrina, pero continúa desempeñando su función de defensor de la clase burguesa. Este fenómeno histórico contradice la doctrina liberal pura, pero confirma perfectamente la crítica marxista, que ha constatado muchas veces la falsedad de las teorías económicas burguesas. El Estado no sirve a los ciudadanos para defender sus intereses; no es una forma de organización social que sirva para todo: para defenderse, los ciudadanos deben agruparse en función de su situación económica. En consecuencia, el Estado sirve para una cosa totalmente distinta de lo que él pretende, y su verdadera función es evidente: defender los intereses de la clase patronal empleando su propia fuerza, todo disimulado bajo la imparcialidad jurídica. Para la burguesía, el liberalismo es una doctrina de uso externo e interno, pero es la fuerza que posee la que le permite establecer su táctica de gobierno. Si para utilizar esta fuerza, es preciso violar un principio de esta doctrina, es lógico que lo viole, dándole mil vueltas para probar que no ha renegado de ninguna forma de él.

Esto viene a decir que, si se entiende por método democrático no el liberalismo que se expresa en la **«declaración de los derechos del hombre y del ciudadano»**, sino la práctica gubernamental de los Estados modernos en su fase ulterior, se puede identificar a la fase del monopolio y del imperialismo que ha precedido a la primera guerra mundial. Vamos a examinar cómo se inserta en la fase actual de ofensiva económica y política de la burguesía, estudiando los sucesos de Italia.

Se podría objetar a nuestra identificación entre método democrático y monopolio imperialista, que Italia, que aplicó este método después de 1900 (que para evitar confusiones llamaremos **«democrático de izquierda»**), es precisamente un país en donde el capitalismo se desarrolló con retraso. En realidad, el retraso de la evolución capitalista en Italia es más cuantitativo que cualitativo. El capital bancario juega un papel en la producción de este país, y por consecuencia en su vida política. En el período de pre-guerra, una recuperación económica general ha estado seguida de decenios de grave crisis. Y es precisamente porque, como lo habíamos señalado nosotros, la aristocracia terrateniente feudal y clerical no ejercía nada más que muy poca influencia, y que el Estado obedece dócilmente a las exigencias proteccionistas de la burguesía industrial, que opera muy bien detrás de la mampara de la demagogia, junto con la complicidad del reformismo. Después de la tímida tentativa de 1898, el Estado oficial adoptó durante los primeros

años del siglo XX una actitud de tolerancia con respecto a los sindicatos proletarios. Los dirigentes de estos últimos renuncian a toda propaganda y a toda acción subversiva, a cambio de la posibilidad que se les ofreció de moverse en el cuadro legal mediante medios pacíficos. Las bases de la colaboración de clase fueron así echadas. El socialismo evolucionó a la derecha en tanto que los gobiernos democráticos de izquierda elaboraban una legislatura social.

La política de la clase dirigente italiana que se llamó **«giolittismo»** constituye, según nosotros, un modelo de política **«democrática de izquierda»**. Sabiendo bien que este es un medio seguro de desarmarlos, el Estado cerró sin titubear el pacto de compromiso con los dirigentes del proletariado, y la monarquía se preparó a llamar a los socialistas a los ministerios sin que los medios tradicionales hiciesen la menor oposición seria. Pero al mismo tiempo, el gobierno burgués no cede un palmo cuando se trata de preparar y de emplear los medios de represión violenta que constituyen su razón de ser. Cualquier revuelta, aunque fuese embrionaria, de los trabajadores fuera del cuadro evangélico de las **«nuevas vías al socialismo»**, que desde esta época el traidor Bonomi había descrito en grandes líneas, es ahogada en sangre. Es un episodio de este género el que ha provocado los movimientos de junio de 1914 en vísperas de la primera guerra mundial, pero la huelga general no consiguió nada más que permitir al aparato de la organización social-demócrata aprisionar a las masas y cerrar la vía a todo éxito revolucionario. La represión policial fue seguida de sanciones ultra-reaccionarias contra los ferroviarios, a sabiendas de que en sus puestos de ministros, los hombres de la democracia habían reconocido el derecho de huelga incluso en los servicios públicos.

Ya con anterioridad, el doble juego de la política democrática había aparecido de forma evidente, manifestándose con el mismo contraste. Era el mismo gabinete Giolitti el que había ampliado las leyes reformistas de cara a multiplicar los fusilamientos; el que, en el terreno político, elabora también la gran reforma electoral en el preciso momento en que se declaraba la guerra de Libia, acto auténticamente imperialista (aunque esta política haya sido llevada a cabo con una estupidez que asombra, incluso por parte de la burguesía) que sirve de preludio a la gran orgía sangrienta del imperialismo internacional en las guerras balcánicas. Creer que todas estas contradicciones autorizan para afirmar que el susodicho gobierno era retrógrado y falsamente democrático, significa aceptar el punto de vista enemigo, según el cual la política democrática conduce a la coexistencia pacífica de las clases y de los pueblos, es decir, a la paz interior e internacional.

Según la crítica marxista, el método democrático responde por el contrario perfectamente a los fines de la clase capitalista, ya que concilia los medios violentos, que el aparato del Estado se muestra cada vez más decidido a usar, con una hábil política de concesiones aparentes que apartan al movimiento obrero de sus propios fines sin imponer el menor sacrificio real a la clase dominante. Esto es verdad, no solamente respecto a la burguesía italiana, sino a la burguesía mundial, ya que la guerra imperialista ha sido preparada por todas partes en una atmósfera de democracia política avanzada y de reformas sociales, las dos estúpidamente presentadas como pruebas de un auténtico pacifismo social. Tenemos un ejemplo en el hecho de que en Francia la campaña anticlerical del gobierno Combes se ha realizado al mismo tiempo que la campaña para la instauración de tres años de servicio militar; lo mismo que en

Inglaterra, son los liberales los que han introducido las quintas obligatorias.

Durante la guerra, la tesis fundamental de los socialistas de izquierda en Italia fue que, contrariamente a lo que pretendían los intervencionistas en su colosal campaña de embustes, no existía ninguna antítesis entre el militarismo y la democracia, tesis demostrada por el hecho de que fueron precisamente los Estados no democráticos los que se hundieron militarmente los primeros.

Inmediatamente después de la guerra, el anti-clericalismo más radical fue un elemento indispensable de la política democrática en Italia, porque constituía un terreno de colaboración política entre la burguesía, dígase avanzada, y el proletariado. Los gobiernos se colocaban abiertamente sobre el terreno de la política franc-masona, pero esto no les impedía de ningún modo el llegar a acuerdos con las fuerzas católicas de la burguesía con motivo de las elecciones al Parlamento, e incluso en la expedición a Trípoli, que fue patrocinada por los medios bancarios clericales. El anti-clericalismo constituyó, pues, una política de uso externo que no cambiaba para nada la función específica del Estado: la represión contra todo ataque revolucionario.

Al principio de la guerra, la actitud de los partidos italianos confirmó plenamente nuestras tesis. El partido de Giolitti, se encontró sobre el mismo campo que los elementos clericales y nacionalistas, representantes directos de la naciente siderurgia, pero imposibles de confundir con una tentativa de organización de la derecha burguesa: ese campo fue el de la solidaridad con los Imperios centrales contra los países «**democráticos**». Una especie de solidaridad pareció establecerse entre las fuerzas políticas del proletariado y las de la democracia burguesa de extrema izquierda, tradicionalmente antiaustriaca. Pero la responsabilidad de una guerra en los márgenes de la Entente desplazó de forma elocuente las fuerzas en presencia; mientras que los partidarios de Giolitti y los católicos eran hostiles a la guerra (lo que no les impidió alinearse como un solo hombre junto a los demás patriotas burgueses cuando estalló la misma), los nacionalistas y en general los representantes de la industria, convertidos en ardientes defensores de la guerra contra Austria, se colocaron junto a los demócratas de izquierda, los republicanos, y los dudosos representantes del proletariado, tales como los reformistas y algunos elementos anarquizantes, Mussolini entre ellos, jefe de la fracción intransigente de los socialistas.

En un momento tan característico ¿cómo reconocer una división entre la derecha y la izquierda burguesas? Evidentemente esta división no existía realmente, puesto que se podía encontrar en el mismo bando a Salandra y a Bissolati; uno, proveniente de los propietarios terratenientes del Sur, y el otro, miembro de las organizaciones socialdemócratas del Norte; y los dos, teniendo contra ellos a la vez a los peores clericales y algunos franc-masones radicales. Cuando lanzó el grito de guerra, el *reaccionario* Salandra se presentó como un «**modesto burgués**», en oposición al «**conde**» Bethmann-Hollweg, canciller del Káiser.

Una vez terminada la guerra, el método de Giolitti continúa inspirando la política del Estado italiano. Maestro en hacer la guerra en los límites de Alemania, Giolitti hizo ametrallar sin vacilar las manifestaciones de las masas contra la masacre; pero presentando su candidatura al nuevo gobierno de 1919, el mismo Giolitti se aprovechó ampliamente de su pasado neutralismo para hacerse aceptar por las masas, negocia un

programa de reformas todavía más audaces que las precedentes y recuerda los motivos de la invitación a colaborar que ofrece a los socialistas.

De estas proposiciones, que fueron realizadas por el gobierno Nitti inmediatamente después de acabada la guerra, extrajo una visión exacta de la situación. La guerra dejó a la burguesía en una situación inquietante; la crisis económica y la vuelta al país de masas desmovilizadas que sabían manejar las armas y que habían adquirido el desprecio a la muerte suponían un peligro evidente. El gobierno burgués se decidió a luchar contra este peligro en el momento que tomase una forma precisa, pero el desplazamiento de tropas del frente de guerra exterior al frente interior planteaba un problema técnico difícil. Se hacían necesarias maniobras políticas oportunas para llevar a cabo esta operación.

Cuando los responsables de la contraofensiva burguesa de hoy critican el presunto derrotismo de la autoridad gubernamental bajo Nitti y Giolitti, saben muy bien que no dicen la verdad. Por aquel entonces para el aparato del Estado, la táctica de la lucha frontal era arriesgada. Era necesario dejar que la exuberancia popular siguiese su propio curso preparando mientras tanto la consolidación del aparato del Estado. La burguesía italiana no ha abandonado un método político ultra-liberal para convertirse en el actual método de reacción: ha maniobrado con el aparato del Estado según las exigencias «**técnicas**» de su función. Nitti y Giolitti han reforzado enormemente los diferentes cuerpos de policía; el primero, creando la guardia real, y el segundo, multiplicando el número de carabineros; ellos son los que efectivamente han puesto las bases del fascismo.

En la posguerra inmediata, pretender contener la presión de las masas que era preciso desmovilizar, lo que ni siquiera económicamente se podía soportar, impedir nuevas huelgas, mantener la censura, continuar gobernando sin Parlamento, pagarse el lujo de una celebración patriótica permanente acerca de las presuntas victorias nacionales... hubiese significado para la burguesía el tener que obligar inmediatamente al proletariado a plantearse todos los problemas de la nueva vida económica y política de forma revolucionaria, y empujarlo a darse una organización revolucionaria antes de que el Estado hubiese asegurado las posibilidades de victoria de la contrarrevolución.

La burguesía no pudo impedir que la reconversión de la industria después de la guerra provocase luchas sindicales; se vio obligada a suprimir la censura, a amnistiar a los desertores, a colocar una sordina, para apagar la borrachera patriótica, de cara al delirio de alegría del pueblo desde el momento en que la pesadilla de una guerra impopular se acabó y se hizo evidente, incluso desde el punto de vista de los intereses nacionales y de las relaciones con los aliados, que la guerra no había producido más que frutos amargos. Fue Nitti quien realizó todo esto. Sin preocuparse del hecho de que un gran número de socialistas serían inevitablemente elegidos, inauguró la feria electoral, confiando en las tradiciones legalitarias del socialismo italiano (que no se vieron alteradas para nada por su oposición a la guerra) para reemplazar la experiencia revolucionaria que necesitaba el proletariado, por los éxitos fáciles de una demagogia que construía ciegamente en el vacío.

Como hecho sensacional, tuvo lugar una manifestación antimonárquica al Parlamento, pero al mismo tiempo el Partido Socialista ignoró toda preparación revolucionaria: en el Congreso de Bolonia, el espejismo parlamentario impidió la

evolución del partido socialista en el sentido indicado por la experiencia de la revolución rusa, y la depuración de sus filas, sin lo cual resultaba imposible adoptar un nuevo método de acción política; este hecho fue el que sirvió de argumento para el cambio formal del programa, que fue aclamado por el Congreso.

La reivindicación de aumentos salariales, debida al hecho de que antes de la guerra estaban por debajo de la media mundial y se vieron súbitamente rebajados por las necesidades de la guerra, provocó una intensa agitación en las masas. Este era un terreno favorable para su organización revolucionaria. Si este movimiento que era irresistible, puesto que se basaba en hechos económicos ineluctables, se hubiese producido en una atmósfera de reacción burguesa abierta, todas las condiciones para la formación de un ejército proletario se habrían dado. El ímpetu de los sindicatos en 1919 no podía ser parado mediante la violencia, pues se hubiese transformado en una lucha general, lo que habría representado para la burguesía un grave peligro. Era pues necesario esperar a que parase la oleada. Una interpretación superficial pretende que el gobierno burgués dio muestras de debilidad, pero la verdad es que se trataba de una táctica para ganar tiempo y reforzar de esa manera el aparato del Estado, y esperar la crisis que no dejaría de volver tras la aparente prosperidad de la posguerra. Considerar a Nitti y a Giolitti como derrotistas de la causa burguesa por amor a la democracia sería el colmo de la candidez.

Giolitti practicó en el campo social y sindical una

política audaz. Consiguió salir airoso en el momento crucial. El Partido proletario no había aún formado el embrión de un ejército rojo, y las organizaciones económicas habían vencido hasta entonces mediante métodos pacíficos. Pero en cuanto la crisis industrial apareció y la patronal se negó a hacer nuevas concesiones, el problema de la gestión proletaria se planteó de manera local y empírica. Los obreros ocuparon las fábricas. Esta ocupación no fue dirigida de forma unitaria, pero sí armada, coincidiendo con la ocupación de las tierras por los campesinos. El Estado comprendió que un ataque frontal por su parte hubiera sido una necedad, y que la maniobra reformista era una vez más la indicada y que podía hacer un simulacro de concesión. Con el proyecto de ley sobre el control obrero, Giolitti consiguió que los jefes obreros hiciesen evacuar las fábricas.

Parece que de este modo, la burguesía ha jugado la partida según su forma clásica. De ahí que esta partida se desarrolle lógicamente. Nosotros no somos metafísicos, sino dialécticos; en el fascismo y en la contraofensiva general actual de la burguesía no vemos un cambio en la política del Estado italiano, sino la continuación natural del método empleado antes y después de la guerra por la «**democracia**». No creemos nunca en la antítesis entre democracia y fascismo, de igual forma que no hemos creído la antítesis entre democracia y militarismo. Y no daremos la más mínima confianza, para luchar contra el fascismo, al cómplice natural de la democracia: el reformismo socialdemócrata. (El artículo se interrumpe aquí).